

subconsciente: vive en los versos del adolescente Ricardo Navia con la frescura y el arrojio que tiene la vida en un plano limpiamente estético por el hecho de ser tal, libre y al mismo tiempo unida a los elementos que la integran.

Suceso inevitable que no puede encerrarse en consejos ni en fórmulas y que delatando ese anhelo de conservación significado por la voz de todo artista, huye de sus plazos corporales en pos de una imagen permanente, incapaz de atar al destino biológico de la especie, pero representativo de su condición más genuina. Y lo mismo que una flor es flor y nada más que flor desde su tallo hasta los últimos filamentos que alberga su corola, sin concesiones a ningún otro elemento que rompa la armonía de su totalidad, estos poemas de Ricardo Navia son poesía pura, honda y auténtica, sin que ninguno de sus intersticios muestre la huella del decorado, ni del malabarismo retórico. No hay en ella renglones para ser leídos al compás de una clave diestra; ni tampoco se advierte la enumeración historiada que echa sus anclas en el buceado fondo del sentimentalismo ramplón. Hay un llamear poético que sobrecoge y encanta y que permite anunciar a Ricardo Navia como uno de los poetas más altos y puros de la última promoción chilena. Un lírico de noble cuño, liberado de lo mórbido, de lo grotesco y lo monstruoso y dueño de un sesgo oriental distante del gusto español por lo macabro, como lo afirma con toda justeza el poeta Antonio de Undurraga, su fraternal prologuista.

<https://doi.org/10.29393/At274-18EMLM10018>

EL MURO.

Surgen de improviso libros que como ningún otro instrumento destinado a medir la condición humana, tienen la virtud de establecer dimensiones de la sensibilidad; conceptos estéticos arraigados, tendencias que tratan de imponerse en serio o en broma de manera peyorativa o con acritud, haciendo crítica ortodoxa, o esa crítica novicia de índole personal que no elude

la comparación hiriente ni el desahogo de las angustias íntimas. La producción literaria corriente, esa que aflora en gran número a diario, sin que casi nadie descubra su existencia y la supercorriente que preocupa ya a la prensa y a los lectores escogidos, dentro de la órbita más o menos grande de cada país, no alteran muchas veces las características que ya hemos mencionado. Pero, de súbito, aparece una obra que sintetiza con la simplicidad que adquiere la sistematización captada por la forma artística, un cúmulo de tendencias, teorizadas o no, que se oponían a la mole real, a la mayoría de votos de la realidad, para hablar más claro y que empezaban a constituir la forma expresiva más evolucionada y también más certera y frágil.

La publicación de «El Muro» del escritor y filósofo francés Jean Paul Sartre, que llega por primera vez a Chile en castellano, muy bien traducido por Augusto Díaz Carvajal, perfila y contrasta toda una concepción literaria retórica y mediterránea habituada a deformar una realidad azarosa y escabrosa, común a todos los mortales modernos y antiguos, con una versión de tipo ficticio que a lo sumo se salva por la oposición humorística o por el juego retórico cargado de poesía. Al generalizar de este modo, pensamos en Anatole France y en Ramón del Valle Inclán, particularmente. Faltaba, no obstante, retornar a la exactitud psíquica del hombre, sin pensar en que ese retorno sería más triste o más alegre. Coger la luz aplicada por Dostoyewsky al alma humana, sin perder jamás el norte de las represiones éticas, como un gendarme de la vieja moral que anotara sus experiencias de transitorio desertor; los ambientes espaciados de Proust, escogidos para historiar un juego psíquico de armazón estático y el asociar de imágenes líricas y bárbaras de James Joyce incapaz de alcanzar, muchas veces la forma historiada del lenguaje y darnos una expresión estética diáfana del hombre moderno. Del ente racional que, después de haber visto frustrarse una era racionalista, recuenta sus riquezas instintivas, sin fuerzas para llevarlas a un plano de poderío equilibrado.

No hay en los personajes de Sartre ni el ánimo confesional de los clásicos novelistas rusos, Dostoiewsky, Gogol, Turguénev, ni la carrera tras el oro reivindicador que dinamiza las sociedades de Balzac; ni aparece tampoco la ambición costumbrista de Stendhal torturado por fijar la realidad en las carillas de papel, hasta lograr su giro sin ninguna sustentación visible, según aconsejaba su discípulo Flaubert.

El llamado filósofo existencialista Sartre lleva al campo de la forma estética toda la complejidad interna del hombre, sin acentuar sus rasgos morbosos u oscuros, más bien deseoso de escarmentarlos con una luz racional tan plástica al suceso biológico que nunca pierde contacto con lo movedizo e imperceptible de la vida. Hay maldad y bondad por instantes; sensualidad esporádica, ambi-valencias y paradojas sexuales y todo lo que, en fin, determina a un hombre moderno, inhibido de la plenitud arcaica por los frenos propios de la convivencia civilizada, mas liberado de las prohibiciones éticas debido a esa misma civilización. Un hombre de repente gusano y hasta bacteria que en su plenitud biológica y psíquica no se relaciona con el «gran hombre» retórico de la época romántica, ni con el humorismo zozco de los novelones inefables.

ANTOLOGÍA DEL POETA PRÉNDEZ SALDÍAS.

Acaba de aparecer en Buenos Aires, editada por Emecé una «Antología poética» de Carlos Préndez Saldías. La selección fué realizada por el propio autor y abarca la totalidad de su fecunda obra poética.

GUAUGUAU Y SUS AMIGOS.

La Editorial Rapa Nui ha publicado en estos días, en una bella edición, con ilustraciones de Jorge Christie M., esta sabrosa novela infantil de Luis Durand que comentaremos próximamente.